

FUENTES

SENTENCIAS DE NOVATO EL CATÓLICO

El texto que presentamos, dirigido a los monjes, se atribuye a un Novato católico, para distinguirlo del heresiarca cartaginés, refugiado en Roma, del siglo III. Nada se conoce acerca del autor, así como se ignora la procedencia y circunstancias de este breve escrito. Editado por primera vez en el siglo XVI, se encuentra en la *Patrología Latina*, 18,67-70, y más recientemente ha sido objeto de una edición crítica por Fernando Villegas, osb, precedido de una introducción²⁴.

El único dato cierto para fijar la época de composición de las Sentencias –y tal vez su lugar de origen– es su inclusión en la llamada *Regula Eugippii*, escrita por el abad de Lucullanum de ese nombre. Es un centón, una compilación de diversas fuentes monásticas: Agustín, *Regla de los IV Padres*, *Regla del Maestro*, Basilio, Pacomio, Novato, Casiano y Jerónimo, agrupadas para servir de norma a los monjes del monasterio de San Severino²⁵. Eugipio era abad desde el año 511 y vivía todavía en 527-532, pues se conoce una carta suya de esta época al diácono Ferrando. Debió morir antes de 535, de mucha edad. Ahora bien, en su *Regla* cita a la *Regla del Maestro*, la cual se escribió antes de 530, por lo que resulta que entre 530 y 535, a más tardar, hizo Eugipio su compilación²⁶. Las *Sentencias* de Novato, igualmente utilizadas por Eugipio, son, en todo caso, anteriores a esa fecha, es decir que fueron escritas, si no antes, en el primer cuarto del siglo VI.

Las Sentencias tienen un estilo oral y exhortatorio, sin una ilación muy definida de sus párrafos. El que habla se dirige a monjes, pero tiene también la costumbre de hablar en la Iglesia a seculares. Habla como quien tiene autoridad. De acuerdo al uso de “nosotros” y “vosotros”, se tiene la impresión que usa la primera persona cuando se trata de virtudes o ejemplos de alcance general pero que toma la segunda persona para referirse a las virtudes y actitudes propiamente monásticas. No parece, pues, que el autor se encuentre dentro de las filas monásticas. Pero tampoco es un abad, ya que difícilmente podría poner en su boca expresiones como aquellas donde invita a tener con el abad la atención de no entristecerlo y preocuparlo, de no darle pie para que piense que su esfuerzo de tanto tiempo ha de ser vano.

Los hermanos a quienes se dirige el autor de las Sentencias –de indudable acento agustiniano– forman una comunidad, con un abad a su cabeza, que es un padre, y donde los hermanos son llamados “servi Dei”. Notemos que el abad y los hermanos ejercen una paternidad por el ejemplo, moviendo a la imitación a los demás. Pero la obediencia debe ser exacta, en general la exhortación se dirige a los monjes: “si sic iubet abbas... sic habete quasi Deus iusserit”.

Este texto, casi contemporáneo de la *Regla* del Maestro y de san Benito, y que junto con la primera fue incluido en la compilación ofrecida a unos monjes de Campania, nos acerca a los tiempos y lugares, y también por el tono agustiniano, a la doctrina de la Regla benedictina.

²⁴ F. VILLEGAS: *Les Sentences pour les moines, de Novat le Catholique*, en: *Revue Bénédictine* 86 (1976) 49-74.

²⁵ ISIDORO DE SEVILLA, S.: *De Viris illustribus*, XIII, ed. de C. Cordoñer Merino, Salamanca, CSIC - Instituto A. de Nebrija - Colegio trilingüe de la Universidad, 1964, p. 141: “Scripsit etiam regulam monachis consistentibus in monasterio sancti Severini, quam eisdem moriens quasi testamentario iure reliquit”.

²⁶ A. de VOGÜÉ, Introducción, en: F. VILLEGAS, A. de VOGÜÉ: *Eugippii; Regula*, Wien, Hoelder – Pichler, Tempsky, 1976, pp. XV - XVII (CSEL, 87).

La traducción castellana ha sido hecha sobre el texto crítico editado por Fernando Villegas, ya citado, por el Hno. Antonio Pestalardo, de la Abadía de san Benito.

Martín De Elizalde, osb

LAS SENTENCIAS DE NOVATO ACERCA DE LA HUMILDAD Y LA OBEDIENCIA Y DEL CONCULCAR LA SOBERBIA²⁷

A los seculares, en la Iglesia, les hablamos de un modo, a vosotros debemos hablaros de otro. A ellos, a veces les decimos cosas que tienen sonido, pero que carecen de poder. Pues, como los débiles, se deleitan con los sonidos y no con el poder de Dios. Mas vosotros, en el nombre de Cristo, no os deleitéis en él, si queréis oír la palabra de salvación, con la que habéis sido llamados y revestisteis estas lúgubres vestiduras en el mundo, esperando hallar a los mejores cerca de Dios.

Conocéis, –lo sabéis porque lleváis mucho tiempo aquí–, contra quién es vuestra lucha; pues vuestro adversario no está afuera, sino adentro. En nuestras entrañas y en nuestros propios miembros tenemos al enemigo. Pues si la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para no hacer lo que queremos²⁸, veis que este adversario se encuentra adentro. No se vence al adversario sino es con la humildad y la caridad, pues el mismo Señor Jesucristo no habría vencido al diablo si no se hubiera humillado –humillado no por necesidad, sino por caridad–. Si no nos hubiera amado, no se habría hecho humilde. Por amor a nosotros se hizo humilde. Luego, si el que hizo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos²⁹, el Señor de los Ángeles, el que creó todas las cosas, se hizo humilde por nosotros ¿Por qué nosotros rehusamos ser humildes en nuestro propio beneficio?

No hay camino de salvación para nosotros, sino la humildad. Cuando comiences a buscar la humildad y a guardarla por Dios y por la comunidad misma... (frase inconclusa) aunque en la comunidad misma seáis iguales, cada uno debe considerar al otro como superior a sí, aunque no lo sea, pero esto no lo hace sino el que tiene humildad. Nada es más necesario a los siervos de Dios que la humildad, pues la humildad, cuando se encuentra en el hombre, lo hace obediente. Mas el que fuere obediente y el que siguiere en pos de la obediencia, no escucha a los hombres sino a Dios. Pues así el Señor dice: “Quien os oye a vosotros, a mi me oye. Y quien me oye, oye a Aquel que me envió”³⁰.

El abad es el padre, y los hermanos que le siguen son patriarcas. Y cualquiera de entre vosotros que lleve quizás una vida buena, mejor continencia, mejores vigiliás, mejor guarda del cuerpo, ese también es padre por esta imitación. Por lo tanto, comportaos entre vosotros de tal modo que guardéis la humildad primeramente para ser vistos por Dios y no por los hombres. La verdadera humildad es la que se muestra a Dios y no a los hombres. La humildad que se muestra a los hombres, es simulación, no humildad; y debe ser cosa absolutamente ajena a los siervos de Dios. No es que juzgue que haya tales entre vosotros, pero os advierto para que no se introduzca semejante enfermedad. Pues somos hombres y hablamos a hombres. Por lo tanto, primeramente debéis mostrar la humildad a vuestros hermanos a causa del ejemplo, para que la humildad misma esté cimentada interiormente en el corazón por Dios. Pues cuando la humildad está cimentada en tu corazón por Dios, entonces Dios le concede a él –es decir a tu hermano– que comprenda e imite tu humildad. Mas si la humildad no está cimentada en tu corazón, Dios le muestra a tu hermano que tu humildad es fingida.

²⁷ Traducción de Antonio Pestalardo, osb. Abadía de San Benito de Lujan, Buenos Aires – Argentina.

²⁸ *Ga* 5,17.

²⁹ *Sal* 145,6.

³⁰ *Lc* 10,16. Cfr. *Mt* 10,40.

Este es el primer camino de salvación: tener una humildad sencilla por Dios, no por los hombres. No agradar con ella a los hombres, sino a Dios. La obediencia vaya tras la humildad. Obedeceos mutuamente vosotros como se obedecen los miembros entre sí. ¿Acaso los miembros se obedecen entre sí con deliberación y no con caridad espontánea? Si el pie tropieza, la mano acude en su ayuda, para que no sufra el cuerpo si cae, como dice el Apóstol: “Si uno de los miembros padece, todos los miembros padecen con él”³¹. ¿De dónde procede esto sino de la caridad? Por consiguiente, si os amáis mutuamente no tendréis ninguna turbación. Nadie padezca escándalos: ni por la comida, ni por la bebida, ni por el vestido, ni por las vigiliass, ni por los trabajos, ni por la cocina, ni por el servicio. Si os amáis unos a otros, cuando alguien hace lo que no debe, esa caridad no permite que sea ofendido.

Tened, pues, hermanos, humildad y obediencia, a la que sigue la paz, para que seáis hijos de la paz; pues la caridad, como dice el Apóstol, es el vínculo de la perfección³². Cuando alguien tiene humildad imita a Cristo, que se hizo humilde por nosotros. Cuando alguien tiene obediencia imita a Cristo, que se hizo obediente hasta la muerte³³. Cuando alguien tiene caridad, imita a Cristo, porque Dios es amor³⁴.

Esforzaos primero por vencer vuestros vicios interiores. Ante todo hágase la paz en el alma y el corazón con el precepto de Dios, para que contra la costumbre y la fragilidad del cuerpo sean dos los vencedores: el precepto de Dios y tu consentimiento. Tal es el caso del médico, el enfermo y la enfermedad. Si el enfermo se asocia con la enfermedad, el médico es vencido, se alían dos contra uno y superan al médico. Si el enfermo se asocia con el médico, la enfermedad es vencida.

El médico es Cristo, los enfermos somos nosotros, el morbo de la enfermedad es la costumbre del pecado. Aquel que ya ha renunciado en parte al mundo, aunque viva en el mundo, considere si debe unirse con la enfermedad o con el médico. Si se une con el médico, como he dicho, supera a la enfermedad. Si se une con la enfermedad, el médico debe esforzarse.

Por esa razón el Evangelio nos llama y dice: “Reconcíliate con tu adversario sin demora, mientras estás con él en camino”³⁵. No nos enseña que nos reconciliemos con nuestro adversario el diablo, sino que nos reconciliemos con nuestro adversario el precepto divino, el que va contra nuestros males, contra nuestra costumbre y nuestras iniquidades. Cuando nos ponemos de acuerdo con nuestro adversario, es decir con el precepto divino, es vencida la enfermedad. Si nos ponemos de acuerdo, concordamos con el precepto de Dios y lo recibimos como yugo de Dios, por lo que dice el Señor: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo pues es suave y mi carga ligera”³⁶.

¿Qué cosa es lo que es tan ligero? Considera cómo los que tienen algo en este mundo, temen que se lo quiten. ¡Cómo temen perder lo que adquirieron! Teniendo tal solicitud, cómo son atormentados como bajo un fuerte peso. Vosotros, sin embargo, no trabajáis sino para hacer lo que manda el abad. Ya estáis bajo el yugo: no piensas de qué habrás de vivir, pues no tiene por qué preocuparte. Hay quien te gobierne, hay quien tenga cuidado de ti. El pensamiento de la comida y del vestido no te debe pertenecer en absoluto. Lo que el abad dé, tenlo como si lo diera Dios. Pues esa es la verdadera humildad.

³¹ *1 Co* 12,26.

³² *Col* 3,14.

³³ *Flp* 2,8.

³⁴ *1 Jn* 4,16.

³⁵ *Mt* 5,25.

³⁶ *Mt* 11,28-30.

Si acaso uno tiene más y otro tiene menos, tened esto como hecho por Dios. Si uno se sienta en una mesa y otro en otra, si el abad lo manda así, si así lo aprobó, tenedlo como si lo mandara Dios. No quiero que por este motivo preguntes diciendo: “Mañana yo me sentaré allí”. No quiero que tomes la costumbre, para que Dios no te lo dé como necesidad. Si acaso no hay qué dar o parece que no se debe dar, tenedlo como tal o como que no hay para dar, o como que parece conveniente no darlo. Si conserváis estas cosas, hermanos, tendréis con seguridad la vida eterna.

No os dejéis llevar por las palabras malas. Si tal vez, algún débil cae y dice cosas perversas, detenedlo al instante y decidle: “No lo hagas, hermano, no lo hagas, porque pecas”. Pues vosotros, por vivir unánimes y tener un solo abad, también debéis ser abades. ¿Pues qué es uno solo? El abad tiene dos ojos y dos oídos. ¿Acaso puede él oír a todos, o ver a todos; o no tiene él necesidad de ir a algún lado y de proveer alguna cosa? Sed vosotros abades para vosotros mismos; y así como temisteis al abad cuando estaba presente, también temedle ausente, porque Dios está presente. Y si uno tiene cuidado de tantos, cuánto más vosotros debéis tenerlo; para que él no halle de dónde airarse, de dónde dolerse, de dónde ofenderse, de dónde gemir, de dónde pensar que perecerá su labor de tantos años.

Estas cosas pueden ser útiles para nosotros si tenemos humildad, obediencia y caridad. No hay otro camino para ir hacia Dios a no ser la humildad, la obediencia y la caridad. El mismo es el camino, la verdad y la vida. Así pues al castigarse, al ayunar muchas veces, dos, tres, cuatro días, una semana, de allí los hermanos se ensoberbecen, pensando que eso que ellos mismos hacen, otros no lo pueden hacer. Piensan que es infinito, lo que otros no pueden hacer. O uno anda con los pies desnudos y piensa que sólo él puede hacer esto, o quizá ni siquiera bebe vino aguado. La práctica es temporal, pues no puede hacer siempre aquello. Pero piense más bien en la humildad, en la piedad, en la caridad, en la obediencia.

Para dominar las fuerzas del cuerpo, para donar la sangre y la carne, debe asumir éstas como un buen atleta, pero no se gloríe por ello, para no perder lo que hizo.

Pues ¿eran acaso poca cosa las obras que enumeraba el fariseo aquél que subió a orar al templo? Eran inmensas: ayunar dos veces el sábado, dar los diezmos de todos sus bienes a los pobres, no engañar, no cometer adulterio, es algo infinito. Pero como se jactó de ello con soberbia, todo lo que hizo se volvió soberbia. Por eso dice David: “No venga a mí el pie de la soberbia, ni me mueva la mano del pecador. Ahí cayeron todos los que obran la iniquidad”³⁷. ¿Dónde cayeron? En la trampa de la soberbia. Por eso cayó el diablo, cayó por la soberbia.

No se admita absolutamente la soberbia entre los siervos de Dios. El que ya vive de otro modo, el que ha ordenado mejor su vida, no sea como ese fariseo. El publicano humilde no osa levantar siquiera los ojos al cielo y, alabado por la sentencia del Señor, vuelve a su casa más justificado que el fariseo. Hemos probado, en efecto, en las Escrituras Santas y en nuestros hermanos, que quien mantuvo el camino de la humildad, aprovechó y no pereció.

³⁷ Sal 35,12-13.